

—¡Loca! ¡Loca! (repetía Genoveva, cuando el carruaje se puso en movimiento.) ¡Loca!

—¿Qué sufrimientos, qué desgracias habían pesado, pues, sobre Cecilia?

El sargento había dicho por lo bajo á Catalina Sichel.

—¡Cuidadla bien! Probablemente recobrará la razón. Pero ahí veis adónde vienen á parar la mayor parte de las criaturas que llegan á Londres en busca de fortuna. Se las recoge en la calzada, ó se mueren en los hospitales ó en los asilos. ¡Cuidadla bien!

En la habitación del viejo Bob, Genoveva cedió á su madre su mezuquino lecho. Velando á la enferma, pensaba pasar la noche sentada sobre el cofre.

Se decía á sí misma que expiaba el haber soñado en la dicha, al sentirse amada por Patrick.

—¡Dichosa! ¿Y tu madre, pobre niña?

Su madre estaba allí; aquella temida madre, de la cual había huido, y que el destino la devolvía, no amenazadora, sino moribunda.

¿Qué crimen cometería antes de nacer, para que su existencia entera estuviese condenada á la expiación?

Al mirarse en un fragmento de espejo, tuvo miedo; vió reaparecer la roja mancha que se reproducía sobre su frente en las horas de amargura: ¡estigma del crimen estampado en ella por aquel ramillete de violetas salpicado de sangre! En aquellos momentos de sensaciones dolorosas, no empañaban la limpidez de su alma ni el odio ni la cólera. Estaba en su conciencia demasiado arraigado el sentimiento del deber para que pudiera

maldecir: no se arrepentía de aquel impulso filial que la había lanzado al lado de su madre herida. Ahora sólo restaba consumir el sacrificio.

Mas, sin embargo, tenía necesidad de luchar contra su razón, y de cerrar sus ojos, que veían ante sí un pasado de cruentos sufrimientos, para ahuyentar la idea de las faltas que había cometido para con ella aquella madre desnaturalizada que la había abandonado á la desesperación.

Pero se decía que no debía ser su hija quien la juzgase.

Y siempre venía á esta conclusión en el orden de sus reflexiones y recuerdos. Decidida, por tanto, á no condenar á su madre, sentía que merecía el castigo por ser su hija, y se repetía con una especie de complacencia feroz, mirando la mancha que sobre su frente se hacía perceptible.

—¡Ah! ¡Toda mi sangre, sí, toda mi sangre daría por borrar esta mancha roja!

Sufrimientos físicos se unieron durante aquella noche á la corriente delirante de los pensamientos de la hermosa mártir. Estaba pobremente vestida, y el ambiente de la habitación era frío y húmedo. Se apoderó de todo su ser la fiebre que le había sacudido en las noches precedentes. El castañeteo de sus dientes, que se entrechocaban, se confundía con la respiración anhelosa de su madre, la que, rendida de fatiga, se había adormecido, sin haberse todavía dado cuenta de lo que había pasado á su alrededor desde que cesó de oír los alaridos crueles con que la perseguía aquella inmunda granujería.

Viendo la *Gramma* á Genoveva en este estado, la obligó á acostarse en su pobre jergón, lo que al fin

verificó ésta, no tardando en dormirse á su vez, mientras que la gruesa alsaciana, contemplando al través de sus lágrimas á estas dos mujeres que reposaban, decía entre ruidosos suspiros:

—¡Y esa (decía mirando á Cecilia), esa tiene una hija tan buena, y sin embargo la abandona! ¡Y su hija no la rechaza! Mi vida entera, toda mi sangre, hubiera dado yo por mi pequeña Susana.

Á las seis de la mañana siguiente, Cecilia Hervier se despertó aniquilada, y comenzó á agitarse. Tal era la confusión que reinaba en sus ideas, que apenas se daba cuenta de su situación.

Después de dirigir á su alrededor una mirada vaga, llevó repetidas veces las manos á la frente, murmurando:

—¿Dónde estoy? ¿Adónde me condujeron aquellos miserables?

—Estáis en mi casa, madre,—respondió Genoveva, haciendo á la *Gramma* una seña para que las dejase solas.

La alsaciana salió. Cecilia y Genoveva se encontraron, por lo tanto, cara á cara y sin testigos.

«Estáis en mi casa», había dicho la joven.

Al oír aquella voz, Cecilia apoyó sus manos en el borde del cofre que le servía de cama, y adelantando el cuerpo, con los ojos muy abiertos, pareció querer distinguir en la penumbra á la persona que la había hablado. Al reconocerla, se echó brusca-mente hacia atrás, como si hubiera visto un espectro.

—¡Genoveva! ¿Eres tú, Genoveva?—gritó con acento colérico.

Tan pronto como la joven vió á su madre inclinarse hacia donde ella estaba, hizo un esfuerzo

supremo para levantarse y echarse en sus brazos; mas debilitada por las terribles crisis que había pasado las anteriores noches, se encontró sin fuerzas para conseguirlo, volviendo á caer sobre el asiento, inerte y paralizada.

No pudo más que juntar sus manos suplicantes, balbuceando la palabra «¡perdón!» ¡Perdón! Y le pedía, porque la pobre niña se preguntaba si no habría sido su fuga la que había arrojado en la miseria á su madre, perturbándola la razón.

—¡Perdón!

Cecilia Hervier no pareció oírla. Su sorpresa no había durado más que algunos segundos. Su semblante había vuelto á su impasibilidad profunda. El sublime sentimiento de la maternidad había muerto ó no había existido en aquella mujer.

Inclinada sobre el borde del cajón que la servía de cama, paseaba una mirada desdeñosa á su alrededor.

—¿No me has dicho que tú eres Genoveva? (prorrumpió entre una carcajada convulsiva.) Pues bien: si eres la misma, te felicito por la suntuosidad de la habitación y por el buen gusto del mobiliario. Todo esto es digno de quien lo habita.

—¡Tened piedad de mí, madre mía!

—¿Que yo soy tu madre? ¿Estás bien segura de lo que dices? Entonces, ¿por qué has huido de mi lado, abandonándome como á una extraña? ¿Porque nuestro parecido no indica que eres mi hija? Yo he nacido orgullosa y altiva, y nunca hallé nada, por noble y grandioso que fuera, que no me pareciese merecerlo. Siempre he despreciado al populacho. Si tú fueras mi hija, te habrías muerto mil veces antes de vivir en semejante tabuco. ¡Qué camastrol

¡Qué madriguera! No, no; tú no tienes una gota de mi sangre en tus venas; si no, no habrías aceptado jamás tan vergonzosa existencia.

Aquella indignación era sincera. El espíritu humano es susceptible con frecuencia de tales modos de ver las cosas, y semejantes aberraciones de sentido moral no son raras por desgracia. La infeliz no tenía conciencia de la ironía que, brotando de sus descoloridos labios, encerraban aquellos reproches.

—Os engañáis, madre mía (respondió la joven, estupefacta ante tamaña ceguera). Una pobreza honesta, una miseria laboriosa, honra siempre á quien la prefiere á riquezas adquiridas á expensas de...

La antigua amante de Francisco Lecourbe la interrumpió violentamente:

—¡La virtud! ¿No es eso? ¡La virtud! ¡Ya lo esperaba! Me sorprendía no verla aparecer en escena. ¡Qué cómodo es para los desnaturalizados hijos escudarse con la virtud para pagar con la ingratitud y el egoísmo los desvelos de sus necesitados padres!

—¡Oh! No habléis así, madre mía (gritó Geneveva); sabéis de sobra que si me hubierais pedido la vida, os la hubiera dado sin titubear.

—¡Tu vida! ¿Y para qué la quiero? (repuso Cecilia, encogiéndose de hombros.) No hay necesidad de prometer lo que nadie ha de pedir. Y bien: veamos, veamos, pues, los sacrificios que te ha impuesto tu amor filial. Yo no he merecido ningún premio *Monthyon*. Mas esto no me ha impedido educarte decorosamente, según los vaivenes de mi fortuna. Cuando te hice traer de Picardía, estabas cubierta de seda, encajes y terciopelo. Una princesa no hubiera estado mejor vestida, palabra de honor.

Más tarde hice menos; pero fué porque no me era posible hacer más. El mal, sin embargo, ha sido siempre para mí. No he escatimado los cuidados, ni he rehuido las penas. Yo me decía: «¡Bah! Será buena hija, como yo he sido buena madre. Ella sostendrá mi vejez, como yo he sostenido su infancia.» ¡Pero sí! La señorita no entiende de eso, y huye en cuanto ve asomar la miseria por la casa de su madre. ¡Vaya, que eso es magnífico! Se trata de hacer sacrificios, y ¿comprendéis?, los sacrificios y los disgustos para la madre. Pero la virtud, ¡ah!, la virtud está encarnada en la hija, que no se preocupa de ser la que ayude á lanzaros á la miseria y á la vergüenza pública.

La joven se había incorporado, y por vez primera su mirada sostenía la de su madre.

—¡No habléis así! (la dijo, con voz entrecortada.) ¡No me recordéis eso! ¡No despertéis recuerdos que me parecen vestigios de malos sueños!

—¡Ah! ¡Bah!—dijo Cecilia.

Y animándose cada vez más, prosiguió:

—¿Y sabes lo que sucede cuando la niña se larga? Pues nada; se cogen los harapos de la vieja, se la arroja de la habitación, y se la pone de patitas en la calle; ella es desde entonces su asilo, su abrigo la bóveda celeste, y el día de suerte, algún tugurio por refugio. Duerme una noche bajo las arcadas del teatro en *Haymarket*, y mientras, tirita bajo su traje de seda hecho girones. El hambre la persigue también con sus angustias. Ha sido orgullosa, adulada otras veces, amada; pero bien: ¿de qué sirve el orgullo ahora? El orgullo se lo lleva el viento en estos casos. Ha tendido la mano al transeunte, y ha implorado una caridad. Y todo esto

para que su hija conserve la gloria de ser virtuosa. Pero á ésta nadie la dice: «Ten piedad de tu madre, que te ha criado, que te ha querido, que te ha dado su sangre».

Genoveva se retorció los brazos con desesperación. Aquel horrible cuadro, recargado de colorido, la oprimía el pecho y obscurecía su razón. Tan conmovida estaba, que los instintos de justicia y de honradez en ella se confundían en un caos de angustia, preguntándose con terror si no se habría engañado al cumplir lo que había creído su deber. Pálida, con los ojos brillantes, con los labios descoloridos y trémulos, saltó del cofre y se prosternó de rodillas delante de su madre, cogiéndola una mano, que bañó con sus lágrimas.

—Tenéis razón (la dijo). Soy culpable; debía sacrificarlo todo á quien todo lo debo. He sido débil, he sido cobarde. ¡Ah! ¡Me arrepiento, os he abandonado, sí; pero perdonadme, madre mía!

Los ojos apagados de Cecilia se humedecieron entonces, fulgurando una pasajera llama. Su boca se contrajo, como si tuviese deseos de llorar.

Durante un segundo se hubiera creído que triunfaba del endurecimiento de la pecadora aquel grito de angustia arrancado á Genoveva por la terrible lucha del amor filial y la conciencia.

Se inclinó sobre la frente de su hija, y depositó en ella maquinalmente un helado beso.

—Todo ha pasado ya, mi pequeña (la contestó): el corazón de una madre no puede ser rencoroso, tú lo comprendes. Te perdono, Genoveva; mas no llores, porque tus gemidos me hacen daño...., y luego.... no remedian nada.

—¡Oh! Quisiera que mis lágrimas tuviesen el

poder de devolveros las que habéis derramado por mi causa. Pero, tenéis razón, estas lágrimas no sirven para nada; ¡más vale que piense en reparar mi falta! Quiero trabajar con ardor para conseguir rodearos de bienestar, y en esto he de emplear las fuerzas que me restan. ¡Ya veréis! ¡Ya veréis, madre mía!

El semblante de la mujer de Placial volvió á recobrar su expresión irónica y recelosa, al oír la palabra «trabajo».

—¡Trabajar! ¿Y cuánto ganas en total con tu trabajo? (dijo secamente.) Por lo que veo, debe ser bien poco.

—Lo bastante para vivir. Lo bastante para mí. Desde mañana haré que sea lo bastante para las dos.

—¡Ah, lo bastante para las dos! (replicó la madre, con espantosa amargura.) ¡Y luego se dirá que la virtud no encuentra en este mundo recompensa! En fin, cuando las dos nos resignemos á adoptar tu modo de vivir, con seguridad que no correremos el riesgo de fallecer de indigestión. Eso ya es una ventaja. Pero, ¿no tienes aquí nada de beber, Genoveva? Tengo abrasada la garganta, y una sed insaciable.

La niña permaneció muda y como trastornada. Aquellas crueles frases, y sobre todo el acento con que habían sido pronunciadas, destruyó la última ilusión que abrigaba. Se decía que, después de todo, aquella criatura era su madre, y que, por lo tanto, la debía sus cuidados y desvelos, en cambio de la vida que la había dado.

Mas, á pesar de estos nobles impulsos de su corazón generoso, no podía menos de decirse, con terror profundo, que la volvía á encontrar como

en otros tiempos, y aun más irónica todavía. La tristeza y el dolor la invadían otra vez, como aquella memorable noche en que huyó del lado de su madre para buscar amparo en la muerte.

Las fuerzas abandonaron á la joven, á la par que la última esperanza de ennoblecer á su madre. Se dejó caer en el suelo aniquilada, indicando con un gesto á Cecilia el cántaro que contenía su pequeña provisión de agua.

Cecilia se inclinó sobre él; mas cuando hubo reconocido la naturaleza del líquido, prorrumpió en una nerviosa carcajada.

—¿Agua? (la dijo.) ¡Vaya una bebida reparadora que me ofreces!

Sin embargo, los ardores de la sed vencieron bien pronto su repugnancia. Aproximó el cántaro á sus labios, y bebió ansiosamente á largos tragos.

—¡Puf! (dijo en seguida, volviéndose hacia su hija.) Á mi edad se necesitan otras bebidas que calienten más que ésta. Vámonos, pequeña; ya lo remediaremos. Seca tus ojos, y en marcha. El agua es más saludable en el río que en el estómago. Trata, pues, de reponerte, á fin de salir cuanto antes de este chiribitil.

—¡Partir! (murmuró Genoveva con estupor.) ¡Partir!

—¿Por qué te asombras? ¿No te habrás figurado, de seguro, que pueda amoldarme á vejetar en esta madriguera? ¡Qué olor! No he descendido nunca tan bajo, para acostumbrarme á vivir en semejante antro. Y, además, hay deberes de madre que cumplir. Este abominable agujero compromete tu salud. No puedo, por consiguiente, tolerar que sucumbas á causa de tantas privaciones.

—Y si nos marchamos, ¿adónde iremos? (preguntó Genoveva.)

—Por lo pronto, en casa de una antigua amiga mía, establecida aquí; Cora Rivière....; tú ya sabes...., no, no lo sabes.... Cora estuvo casada con un ruso, que murió hace algún tiempo. Cora no es mala; así es que no rehusará darnos una habitación, esperando....

—¿Esperando qué?—repitió la joven, fijando en su madre una mirada tranquila.

—Esperando, ¡pardiez!, que hallemos para ti...., eso ya lo sabes...., una colocación en algún almacén...., un.... un empleo en el comercio.... En fin, lo que tú quieras...., sí, lo que quieras.... Porque ahora.... renunció á contrariarte, hija mía; y no te pido más que no te obstines en vivir en esta guarida inmunda.

La respuesta era razonable; mas, sin embargo, había sido hecha con un embarazo tal, que no se escapó á la penetración de Genoveva.

—Madre mía (replicó con voz vibrante de emoción, pero resuelta): toda profesión honesta exige un aprendizaje que yo nunca he hecho; todo empleo, una educación que no he recibido, y no pudiendo esperar ni la una ni el otro, permaneceré en esta miseria, en que al menos soy libre, no temo nada por mi honor, y si tengo algo que temer, es solo por la vida.

—¿Pero de veras?

—¡Estoy decidida!

—¿Decidida? (gritó la anciana, recalcando estas cuatro sílabas.) ¡Ah! ¡Ah! He aquí la primera prueba de tu arrepentimiento.... ¡Bah! Ya conozco de sobra esos remilgos y vanos escrúpulos. Y voy á decirte

en seguida lo que se oculta bajo las apariencias de tus virtudes. Sí, pondría la mano en el fuego; persistes en seguir en este chiribitil, porque tu corazón te encadena á él; tú tienes un amante entre estos miserables.

—¿Yo? (repitió la pobre niña.) ¿Yo?...

Y haciendo un esfuerzo supremo se levantó, poniéndose delante de su madre; después se aproximó á ella, y elevando las manos al cielo, iba á responder con un juramento á la odiosa calumnia que caía sobre ella, cuando, comprendiendo sin duda la inutilidad de aquella protesta, pálida y aniquilada, ocultó el rostro entre sus manos, balbuceando algunas palabras incoherentes.

—No sufriré, pues, que te deshonres (continuó Cecilia): yo sería la responsable de haber dejado arraigar en tu ánimo esa locura ó esa pasión. Eres mi hija, mi bien, mi único amparo: Te mando, pues, que me sigas.

Y al decir estas palabras, cogió á Genoveva por un brazo, tratando de arrastrarla consigo.

—¡Tened piedad de mí! ¿No véis que me muero? —murmuró entonces Genoveva, cuya voz no era ya más que un gemido.

La palidez de la pobre niña aumentaba, en efecto, cada vez más: sus ojos se velaban, y su respiración se hacía cada vez más anhelosa. Sus trémulos labios se agitaban ahora sin articular ningún sonido. Bien pronto su inerte cuerpo escapó de la presión de los brazos de su madre, cayendo hacia atrás sobre el suelo con sordo ruido.

En aquel momento la puerta se abrió, y la gruesa *Gramma* se precipitó en el interior de la cabaña. Rechazando bruscamente á Cecilia, la buena alsaciana

levantó á Genoveva, y la colocó sobre el lecho como puede hacerlo una madre con su hijito dormido. Levantando la cabeza de la niña, besándola en la frente, gimiendo, amenazando y llorando, consiguió, á fuerza de cuidados, hacer recobrar el sentido á la desgraciada joven.

Cecilia Hervier, sentada sobre el cofre, la miraba asombrada. Cuando Genoveva abrió los ojos, su mirada encontró la de aquella que tan cruelmente amargaba su vida; bajó los ojos, sonrió á la *Gramma*, y se volvió del lado de la pared.

La alsaciana, comprendiendo que lo que necesitaba la pobre criatura era descanso, colocó la almohada debajo de su linda cabeza, y vino á sentarse silenciosamente al lado de Cecilia, que permanecía muda.

—Vamos, vamos; ¿en qué piensas? ¿Acaso has venido para reñir con la niña? Contesta, buena pieza. Si ha sido así, maldita la falta que hacías. La ves llorar, y la dejas hacerlo amargamente, sin consolarla. Has de saber que los ojos de las pequeñas no se han hecho para llorar: las madres son las que lloran únicamente. Mira, aquí tienes dos *shillings*...., ve á comprar azúcar para hacer una tisana bien caliente á la enferma. Mientras tanto, yo encenderé el fuego.

Cecilia miró avaramente las dos piezas de plata que la alsaciana acababa de ponerle en la mano.

¡Una limosna! ¡La limosna de una miserable á otra más miserable!

¡Dos *shillings*! Cecilia Hervier sonreía ahora ante aquellas dos monedas que en otro tiempo para nada la hubieran servido.

Aquella limosna representaba para ella el olvido,

el cálido licor que devuelve ficticiamente al cuerpo las fuerzas perdidas, el viejo *wiskey* de Irlanda, el amarillo *brandy*, ó lo que en Francia se ha bautizado de un modo tan elocuente, llamándole *el agua de la vida*.

Después de balbucear las gracias, Cecilia salió.

Por la noche, al volver la *Gramma* á la cabaña, sorprendió á Tom-Black rondando á su alrededor.

Aquel canalla mordía el tallo de una gruesa rosa, que separó de la boca al apereibir á la alsaciana.

Su odioso dogo Nick, echado á los pies de su amo, hacía crujir entre sus dientes un enorme hueso.

—¿Vas á ver á la *Francesa*?—la dijo el tabernero.

—Sin duda.

—¿Está acaso enferma?

—¿Qué os importa?

—Tú sabes bien que me importa mucho, *Gramma*.

—Ocupaos de vuestros asuntos (replicó la alsaciana), y, sobre todo, cuidad de la salud de misstres Black, que habéis hecho bien delicada con vuestros malos tratos.

—Pues en cambio vos, querida *Gramma*, no negaréis que os conserváis á las mil maravillas.

—Sí, me conservo bien, y ya sabéis que no me faltan puños,—contestó la *Gramma*.

—Y el bueno de Patrick, ¿adónde anda?

—No lo sé; pero lo que no ignoro es que es un valiente, y eso vale más que la fuerza. En fin, hasta la vista.

—Bueno, bueno; hasta la vista (dijo el rufián).
Pregunta á la madre de Genoveva si encuentra bueno el *brandy* de la taberna del *Hacha* y el *Ancla*.

Y sonreía maliciosamente al decir estas palabras, mientras el perro gruñía sordamente.

La *Gramma* adivinó algo de amenazador en el oculto sentido de las palabras de aquel hombre.

Cuando entró en la habitación de Bob, halló á Genoveva dormida.

Al pie del lecho permanecía Cecilia.

Los ojos de ésta brillaban como carbunclos, y cuando la interrogó, la alsaciana se apercibió de la agitación que la dominaba.

Un olor pronunciado á alcohol se escapaba de los labios de aquella mujer. La *Gramma* la habló en estos términos:

—Y bien....: ¿cómo sigue tu hijita?

—¡Tiene en la frente.... (dijo Cecilia); sí, sí, en la frente (y sus ojos se dilataban con terror), la mancha roja! ¡La marca del ramillete de violetas que me arrojó su padre! Las violetas empapadas en la sangre de Lecourbe.

Y al decir esto, llena de espanto, sus dientes se entrechocaban.

La buena *Gramma* se encogió de hombros.

—Ya comprendo qué clase de tisana es la que han pagado mis dos pobres *shillings*. Otra vez compraré las medicinas por mí misma.

Y mientras que la madre seguía inmóvil, como helada por el terror, que hacía temblar su cuerpo, la alsaciana, posando sus gruesos labios sobre la ardiente mejilla de Genoveva, creyó sentir en su boca el suave roce de la carita de la pequeña Susana, que la muerte cruel le había arrebatado.